

CUADERNOS COMUNITARIO S

ANDALUCIA ACOGE
CENTROS DE ACOGIDA DE INMIGRANTES EXTRANJEROS



EL SUFISMO, CORAZON DEL ISLAM

3

ANDALUCIA ACOGE

C/. Aguilas, 5 - 1.º
41004 SEVILLA

EL SUFISMO, CORAZON DEL ISLAM

Emilio Galindo

Señal de alarma:

Como el péndulo así los humanos. Hubo un tiempo, no tan lejano, ni tan definitivamente acabado, en que a causa de nuestra ignorancia, tópicos y prejuicios sobre el Islam, se negaba a los seguidores del Mensaje Coránico la existencia y hasta la misma posibilidad de una verdadera *experiencia* de Dios. Incluso entre doctos islamólogos y arabistas. El Islam era, y para muchos sigue siendo todavía, una religión formalista, legalista, que hasta prohibía a sus fieles la búsqueda personal de la unión transformante con Dios. Y eso pese a la legión innegable e incontable de sufíes o místicos musulmanes que el Islam ha colocado en las cimas más altas de la experiencia espiritual y el decisivo magisterio que llevaron a cabo con todos los que se embarcaron en la aventura del Espíritu. Muchos de ellos, por otra parte, y de los mejores nacieron en esta España nuestra, en Al-Andalus, que tan generosas cosechas del espíritu produce cuando corren por ella los aires de la tolerancia y de la libertad.

Hoy, al contrario, nos estamos yendo al otro extremo. Cada día es mayor el interés, la euforia incluso, por el sufismo musulmán, por los caminos de la experiencia de Dios que han seguido los místicos del Islam y por sus técnicas. El Sufismo está de moda en Occidente. Incluso entre la juventud más "pasota". Las librerías de estos temas agotan ediciones. Con frecuencia surgen cofradías o comunidades

sufíes. Muchos de los pocos españoles convertidos al Islam, hicieron su cambio atraídos por la novedad y la magia de los métodos del Sufismo.

Conviene andar sobre aviso. Porque cuando las cosas importantes y radicales de la vida se ponen de moda lo más seguro es que, o se han comprendido mal, o no se ha caído en la cuenta de toda su hondura y exigencias o lo que es más seguro, se las quiere explotar para otros fines que los propios. Sobre todo en este tiempo de "mercaderes". Y nos tememos que esto es lo que ocurre con el Sufismo, término acuñado en 1821 en Alemania para significar las doctrinas y métodos de la experiencia de Dios en el Islam. Porque si hay una realidad radical y exigente esa es el verdadero Sufismo. Ocurre, como dice muy atinadamente el islamólogo Nicolas Roser, que "Occidente se permite el lujo de integrar aquellos aspectos que en los otros horizontes culturales contenían una fuente de valores ético-espirituales reduciéndolos a mercancía de consumo destinada a sus propios contestatarios internos, previa pasteurización y homogeneización con márchamo de calidad seleccionada. Tal es el caso del yoga hindú, el zen y el tantra búdicos, el sufismo islámico, el tao y las enseñanzas de Confucio. Ni siquiera en sus países se les concede la importancia que Occidente les otorga en su mercado interno".

* * *

En los comienzos del Islam, se designaban *sufíes* a los musulmanes que se consagraban, de modo especial, a la búsqueda de Dios, más allá de la letra y de la institución. La palabra sufí significa literalmente "de lana" y, por extensión, vestido de lana. Se le aplicó, al comienzo del Islam, a un pequeño grupo de hombres religiosos que quisieron llevar hasta sus últimas consecuencias y exigencias, la profesión de fe musulmana (shahada) mediante el Gran Esfuerzo interior (ÿihad) y que vestían de lana burda a imitación de los monjes cristianos. Más tarde la palabra sufí se extendió a todos los místicos de la comunidad. Los sufíes constituyen, como tendremos oportunidad de ver, una de las más ricas y sorprendentes cosechas espirituales de la Humanidad de todos los tiempos, uno de los más entrañables regalos que el Islam hizo a todos los humanos.

Al comienzo, la protesta

Todo el mundo está de acuerdo en señalar que el Sufismo tuvo su origen en una honda actitud de *protesta* de algunos musulmanes piadosos contra la pérdida del espíritu y de los valores religiosos del islam, debida, principalmente, al impacto producido en la incipiente comunidad islámica por la fulgurante extensión del Islam. Esas conquistas –o mejor aberturas (futuhāt)– acarrearón a la incipiente comunidad, no sólo riquezas materiales sino costumbres, ideas y usos nuevos no sólo distintas y hasta contrarios a las costumbres de las de Arabia sino sobre todo a los auténticos valores del Islam: soberbia del triunfo y ambición de poder. Estado de cosas que se acentuó con el traslado de la capital del nuevo Imperio desde la ruda y ascética Arabia Feliz a la refinada, culta y mundana Damasco, con los Califas Omeyas. Ese refinamiento de maneras e ideas damasceno venció al espíritu primitivo del desierto y a la organización tribal de Arabia y transformó el Estado teocrático unitario legado por el Profeta Mahoma, en un Estado con una fuerte carga secular, dominado por la aristocracia árabe, dando así a la sociedad musulmana, pese a su indiscutible religiosidad oficial, un carácter marcadamente temporal y mundano. Más cercano, en todo caso, del fasto y de las estructuras del estado decadente del Imperio Romano de Oriente que de la simple y unitaria experiencia religiosa de la primera comunidad musulmana. Añádase a eso el *escándalo* (fitna) que se produjo en esa comunidad a causa de los profundos conflictos y revueltas entre sunníes, chiíes y jariyíes, motivados, más por motivos políticos de poder que por razones verdaderamente religiosas.

La reacción no se hizo esperar. Los musulmanes sencillos y piadosos, herederos directos de los *Compañeros del profeta* que fieles a la experiencia que puso en marcha el Islam, meditaban y se “acordaban” de Dios mediante la meditación del Corán y la repetición constante de sus Nombres, reaccionaron vigorosamente, proclamando, con sus vidas más que con sus palabras, que el Islam verdadero no era eso. Ante el laxismo que les rodeaba por doquier, ellos volvieron sus miradas con nostalgia y esperanza hacia el pasado tan reciente de su fe, recordando la simplicidad y autenticidad de la vida en la primera comunidad de la Meca y Medina. Y en señal de protesta –un protestantismo

antes de la letra— no sólo se vistieron de lana basta (suf) a la manera de los monjes cristianos, sino que, apartándose de los asuntos terrenales y mundanos, se consagraron a vivir, sin glosa, el auténtico espíritu de los comienzos, bajo diferentes estilos y modalidades. Por su voluntad de vivir con toda pureza el genuino espíritu islámico y a causa del vestido que llevaban, ya al comienzo del s. VIII comenzaron a llamarse sufíes. Ibn Jaldún, en el s. XIV, resumía este espíritu sufí diciendo: “Entregarse por completo al servicio de Dios, darse a El en un todo, alejarse del lujo y de las vanidades del mundo, abstenerse de cuanto seduce al vulgo, placeres, fortuna y renombre, separarse del comercio mundano a fin de servir mejor a Dios en la soledad, tales son las bases en que estriba todo método sufí, y que constituía ya la regla de conducta de aquellos primitivos musulmanes”,

La ocasión cultural

Hubo más. Al factor histórico, como reacción a las vicisitudes de las conquistas islámicas, hay que añadir un nuevo factor: la *ocasión cultural* que supuso el encuentro y el consiguiente enriquecimiento del Islam primero, cegado por la luminosa verdad de la experiencia del Dios Uno y Único, con las doctrinas, métodos y sobre todo experiencias encontradas en los otros países recientemente incorporados a la comunidad musulmana (umma). Fruto de todo ello, los sufíes, junto a la voluntad recia de volver, con todas sus consecuencias, a la fe primera del Islam, se abrieron ávidos y sin miedo a esas corrientes del pensamiento místico y experiencias del Absoluto, encontrando en ellas, por una parte, un modelo y un utillaje imaginativo y racional de primera calidad para expresar sus hondas experiencias místicas, y, por otra, un camino para huir de las estrecheces jurídicas de los sabios y autoridades oficiales del Islam oficial. En este sentido cuánta sabiduría, fruto de experiencia amarga y sufrimiento, la sentencia de Yunaid (m. 910): “*Nadie alcanza el rango de la Verdad hasta que mil personas honestas testifiquen que es un hereje*”.

Y así los sufíes, por ser por antonomasia el mundo de la libertad y de la experiencia viva, como un río en crecida que nace en la desnuda fe coránica y se alimenta constantemente de ella, se fue enriqueciendo con toda una serie de

afluentes que, aunque extraños y a veces contrarios a la doctrina oficial del Islam, no lo fueron a la inspiración profunda, a la quemadura honda del Fuego, al flujo y reflujo del Gran Mar, de cuyo anegamiento eran ellos testigos de excepción.

Porque, y aunque sorprenda a muchos, el verdadero Islam es extraordinariamente abierto, tolerante y acogedor, desde el punto de vista intelectual, puesto que tiene pocos dogmas, carece de clero y concilios e invita constantemente a leer el Corán como si fuese revelado a cada uno en persona. Por eso dejaba una gran libertad de espíritu. La prueba de esa apertura fue la asimilación creadora de tantas doctrinas y corrientes espirituales, tanto en el Islam Oriental como en el Occidental, especialmente en el Islam Andalusí.

En este sentido, influyeron en los sufíes Plotino con sus Eneidas y los Pitagóricos, particularmente con las Enseñanzas a Nicómano, Empédocles y sus escritos de Cosmología, Poimandro con sus Textos Herméticos. También el Zoroastrismo, religión del Irán antiguo, con sus conceptos gemelos del orden y conflicto en la Naturaleza y que contribuyeron a la elaboración de los grandes temas cósmicos sufíes. También espiritualizará el Sufismo ciertas nociones Mazdeistas sobre angeleología, desvelando su sentido oculto. Igualmente se aprovecharon de las enseñanzas del Budismo. Especial importancia tuvieron, por tener un origen coránico, los grandes profetas del Antiguo Testamento y también del Nuevo, especialmente de la Virgen María y de la Encarnación de Cristo, el Verbo de Dios, que se convertirán en grandes símbolos sufíes de la Verdad. Añádase la gran variedad de fórmulas, técnicas, normas concretas que cogidas al monacato cristiano oriental, tanto ayudaron a la organización de las *Tariqas* o Cofradías y fórmulas de vida en común emprendidas por el Islam.

Los frutos no mienten

Aquello fue como un estallido de formas y normas, de caminos y métodos, de doctrinas y maestros, a través de lo ancho y de lo largo de la "Casa del Islam" (dar al-Islam). Al principio, tuvo un carácter más bien ascético, pero poco a poco, el Sufismo se acompañó de una práctica interiorizada

y mística del Islam, un paso rápido e imparable del aspecto esotérico del Corán y de la Ley (*Sharía*) a un aspecto esotérico y místico (*Tariqa*) que les permitió llegar a la Verdad Suprema (*Haqiqa*).

Podemos resumir esta cosecha feraz del Sufismo con las palabras del gran maestro Asín Palacios: "Desde los primeros tiempos del Islam, se ven aparecer por todas partes hombres pidadosos que, además de cumplir los preceptos rituales de la fe musulmana, se entregan por devoción a ciertas prácticas espirituales de ascetismo y de mortificación, oraciones supererogatorias, ayunos extraordinarios, vigilias nocturnas, limosnas cuantiosas. Unos huyen de las ciudades, para servir mejor a Dios en la soledad; otros hacen profesión de vida peregrinante; algunos practican el celibato; no pocos se someten a duras y prolongadas penitencias. Desde el siglo II (de la Hégira) esta vida eremítica o peregrinante comienza a convertirse en cenobítica: los que aspiran a la perfección se asocian bajo la dirección de un asceta experimentado, como novicios alrededor de un maestro. Lentamente va evolucionando esta vida hasta llegar a ser verdadero monacato, con sus conventos, su jerarquía, sus reglas, sus institutos diversificados; verdaderas órdenes religiosas surgen a porfía: hay mendicantes, predicadores, giróvagos y frailes militares para la defensa de las fronteras. Las mujeres imitan a los hombres en el ascetismo y en la austeridad y pronto los superan en las delicadas emociones de la mística: una turba de devotas contemplativas profesan la vida eremítica, ya desde principios del siglo II. En los comienzos del VI, la evolución ha tocado a su fin: En Egipto se erigen conventos hasta para mujeres ancianas. La vida musulmana, saturada de ascetismo, se organiza monásticamente: los seculares que no pueden vivir en el claustro, se adhieren a unas u otras de las órdenes existentes, para cumplir dentro de la sociedad profana las reglas de la vida monástica; así nacen las cofradías, análogas a nuestras órdenes terceras" (Obras Escogidas, I. Madrid Cons. Sup. I.C. 1946, págs. 16-17).

Particular interés y mención merecen para nosotros el desarrollo y la variedad de esta generosa floración sufí en el Islam andalusí. El mismo Asín Palacios lo resume en los siguientes términos: "Unos eran eremitas o solitarios, que vivían de asiento en los lugares desérticos; otros, giróvagos o peregrinantes; los había que practicaban el ascetismo

ejerciendo a la vez cargos eclesiásticos de *imanes* o rectores en la mezquita, y pocos eran los que hacían vida cenobítica... Cada cual, a su vez, elegía para servir a Dios un ejercicio particular en el cual ponía la meta de sus aspiraciones y que servía como de mote o apodo para caracterizarlo. Abenarabi no olvida designar a cada uno por ese mote, distintivo de su método particular; y así, gracias a las repetidas citas de tales motes, surge a nuestros ojos una muchedumbre de congregaciones religiosas en la España musulmana del siglo XII de nuestra era, cuyos miembros, sin más lazos que los de la práctica de un mismo ejercicio devoto, pertenecían realmente a una misma orden, si bien ésta careciese de los exteriores distintivos de hábito especial, regla escrita y jerarquía gubernativa, que el monacato cristiano y el islamismo oriental poseyeron. Unos son apellidados *vigilantes*, porque su ejercicio peculiar era el de pasar la noche en vigilia orando; a otros se les califica de *ayunadores*, porque en el ayuno cifraban la perfección; los hay *lectores del Alcorán*, porque en la recitación meditada del Libro Santo se ejercitaban de continuo; a otros se les califica de *silenciaros*, porque al modo de los cartujos guardaban perpetuo silencio; el don de lágrimas sirve para distinguir a algunos, como la mortificación corporal o la abstinencia escrupulosa caracteriza a otros; eran apellidados *malamíes* o *malamatíes* los que ponían todo su empeño en atraerse el desprecio de los fieles simulando o aparentando defectos o imperfecciones para matar así el amor propio; hacían unos el oficio de *celadores de la ley de Dios*, velando por su cumplimiento, mientras otros se consagraban a la misión de *intercesores* ante Dios en favor de los demás; llamábanse *pobres* a los que abrazaban la vida de pobreza voluntaria, viviendo de la mendicidad o de la ciega fe en la providencia, absteniéndose de pedir; las obras de caridad y beneficencia (cuidar de los pobres, enfermos y leprosos, servir de fámulos a los maestros de espíritu, etc.), ocupaban la vida de no pocos, aunque sin recibir nombre particular, derivando de su profesión; en cambio, se apellidaban *almorávides* los que a la vida devota unían la militar, defendiendo las fronteras en conventos que, a la vez, eran cuarteles (*ribats*, *rápitas*) al modo de las órdenes militares del occidente cristiano; asimismo tomaban el nombre de *paladines* los que, a la manera de los caballeros andantes, consagraban su vida a la defensa del derecho y a

la protección del débil contra la violencia y la injusticia; finalmente, en la cumbre de la espiritualidad surgían los *meditantes* y *contemplativos*, entregados a la oración mental" (El Islam cristianizado. Madrid, Plutarco, 1931, págs. 140-141).

Sufismo e Islam

Nadie discute hoy la rica y vigorosa cosecha en hombres y doctrinas del fenómeno sufí. Ese caudaloso río de hombres, doctrinas e instituciones a lo largo de 14 siglos, es tan importante, constante y profundo que sería absurdo pretender ponerlo en duda, por culpa de prejuicios teológicos estrechos y excluyentes que piensan que si Dios diese gracias y favores místicos a una religión falsa, eso sería tanto como avalar el error. Tesis que, después del Vaticano II ha quedado desbordada pues decía muy poco del amor universal de Dios, de la absolutez humana y cósmica de la nueva creación operada en la humanidad de Cristo resucitado que desborda los pobres y raquíticos límites de la religión cristiana y de la petulancia de algunos teólogos que intentaban monopolizar a Dios y manipular al servicio de sus pobres y estrechas categorías el plan de divinización de todo hombre que esté abierto e incondicional a ese flujo y reflujo del Gran Mar, del que hablaremos más adelante. Algunos de esos sufíes, y no pocos, se sitúan por derecho propio, en las más altas cimas de la experiencia religiosa mundial, de la mejor literatura espiritual de todos los tiempos y de las más atrevidas y certeras prospecciones místicas.

Ante ese hecho indiscutible, y que coincide tan poco con la idea que habitualmente arrastramos del Islam, del Islam oficial al menos, cabe preguntarse: ¿Es el Sufismo un fenómeno netamente islámico o algo exterior a él? Sobre todo si tenemos en cuenta, por una parte las influencias exteriores recibidas y por otra la larga historia de persecuciones de que fueron víctimas los sufíes por parte de las autoridades religiosas oficiales del Islam.

Se ha discutido mucho en Occidente sobre este problema. Las soluciones propuestas estaban muy condicionadas por los prejuicios seculares y las miopes categorías teológicas, como acabamos de apuntar. Ibamos a este problema, como a tantos otros del Islam, *preocupados*, es decir, ocupados de antemano. Y así, unos, viendo las seme-

janzas entre la mística cristiana y la musulmana, desarrollaron la tesis de que la clave de esa semejanza estaba en las *influencias mutuas*: préstamos del monaquismo cristiano a través de los monjes de la Tebaida, Asiria y Arabia al Islam, en un primer tiempo. Préstamo que los sufíes devolverían más tarde a los cristianos de Occidente, aunque pasado por el tamiz del Islam. (Asín Palacios). Otros opinaron que el origen del Sufismo se desarrolla dentro del contexto islámico, pues la experiencia ardiente del Misterio vivida por Mahoma y el propio Corán son portadores de gérmenes ascéticos y místicos que suponen y garantizan una evolución autóctona (L. Massignon). Otros, situando el problema en una perspectiva más amplia, defienden que la experiencia espiritual que los sufíes nos comunican no puede ser reducida a "filiaciones" de otra fuente eterna de la que bebieron todos los hombres sedientos de Dios. En consecuencia el verdadero origen del Sufismo, como el de los demás misticismos, se encuentra en el hombre mismo y no en una cultura o religión determinada.

Para responder exactamente a este problema, que también vale para los demás movimientos místicos de la humanidad, creo que conviene distinguir entre el *Núcleo Central*, común denominador de todas las experiencias religiosas auténticas –es la antigua Sed por el Gran Mar, la vieja Quemadura del Fuego Vivo– y la *Forma específica* que dicha búsqueda toma en el Islam.

- El *Núcleo*: Hay una vieja imagen que sirve de cañamazo, de nervio secreto y dinámico y que sostiene todo el movimiento sufí, pero que es anterior al Islam. La encontramos en las palabras, mitad grito de socorro, mitad canto de victoria, del gran sufí, Al-Hallaḡ: "Ve a decir a mis amigos que me he embarcado en el Gran Mar y que mi barca se rompe". Esta imagen del Gran Mar constituye eso que hemos llamado el Núcleo vivo, la Matriz cósmica y común, la esencia sustantífica del Sufismo. Para los sufíes aunque empleen imágenes diferentes, al principio de todo, Dios es la Fuente eterna e infinita, el Mar Vivo, del que, de vez en cuando, fluye una Revelación, como un oleaje de ese Mar de Infinitud, que va invadiendo las playas de nuestro mundo finito. Cada oleaje toma una *forma*. La forma tomada por el oleaje revelacional islámico es un libro, el Corán. Como respuesta a ese fluir del Gran Mar, el alma del sufí, sumergida, arrastrada, ahogada en todo su ser por las olas

poderosas del Amor, buscará, invadida por un como vértigo consciente y libre, entrar en el refluo para volver al Absoluto del Mar liberado de su "yo". Y como el oleaje revelacional es el Corán, los sufíes hablarán de "intentar ahogarse" (istigraq) en los versículos del Corán, que son, según doctrina fundamental del Islam, la Palabra increada de Dios, que busca, mediante su más hondo sentido y virtud, la extinción, el aniquilamiento, la total inundación de lo creado en lo Increado, de lo temporal en lo Eterno, de lo finito en lo Infinito: "*¡Eh!, tú, amigo mío, en el Mar del Amor, hundirme. Cogerme la cabeza entre mis manos y lanzarme hacia esos caminos y andar, amigo mío, andar, andar, andar*". (Yunus Emre).

Y esto mismo, en todos los hombres, en todas las religiones, según los sufíes. Porque la verdad verdadera –y eso relativiza al par que hermana divinamente a todas las religiones– es que solo hay un Mar, un Agua Viva (Apoc. 22, 10). De ahí que, aunque las Revelaciones sucesivas, como las olas del Mar, no se parecen exteriormente, ya que cada ola tiene sus propias características, según su destino, tiempo y lugar, sin embargo, el Mar es Uno y Unificador. A partir de ese mismo Mar fluirán las grandes olas de las Revelaciones, cada una diferente e igual, porque todas llevan en su más honda entraña, en su núcleo, el sello y el sople amoroso del Unico Mar de quien todo proviene y reviene en un infinito vaiven de exigente ternura. Por eso también los auténticos sufíes serán tan tolerantes y acogedores con las demás religiones: "*Si conocieras el dicho de Yunaid de que el agua adopta el color del vaso de cristal que la contiene, no ofenderías las creencias ajenas y percibirías a Dios en todas las formas y en todas las religiones*" (Ibn Arabi).

Según esto, la tarea de todo auténtico sufí no será otra cosa que la dimensión de la profundidad, la reabsorción por el Gran Mar: el cuerpo en el alma, el alma en el Espíritu y el Espíritu en la Realidad Total, realizando, al pie de la letra, la consigna, hecha poesía, del Profeta Mahoma: "*Morid antes de morir*".

Ese núcleo, evidentemente, es anterior al Islam. Es la vieja Sed, el Hambre antigua, la embriaguez por la que toda la creación suspira: "*Antes de que en el mundo hubiera jardín, vid o uva, nuestra alma estaba embriagada de vino inmortal*" (Rumi).

• *La forma:* Pero poco a poco, los sufíes que aceptaron entrar en ese “reflujo”, los que se pusieron en camino hacia la Verdad, los que aceptaron llevar hasta sus últimas consecuencias la profesión de fe “*no hay más divinidad que Dios*”, profesión que es todo el Islam, sintieron la necesidad de ir elaborando un *Método* que les llevase más fácilmente y más seguramente a la Verdad y una *Doctrina* que les explicase lo que sólo viviendo se puede comprender.

Así coronaron el edificio de lo que exactamente es el sufismo: Doctrina, Método y, sobre todo y radicalmente, Experiencia. Triple realidad que los sufíes se encargaron muy bien de explicar y distinguir mediante el símil del conocimiento del Fuego: que no es lo mismo, dirán ellos, conocer el Fuego, uno de los símbolos de la Realidad buscada, por haber oído la descripción que de él nos han hecho (Iniciación a la doctrina) que conocerlo por haber visto la luz de sus llamas y sus efectos exteriores (Práctica del Método, Alquimia espiritual) que por haberse quemado y consumido en El. (Unión con el Principio Divino).

Para la elaboración de ese Método y la estructuración de esa Doctrina que constituyen la forma específica del Islam y que se irá desarrollando a lo largo de los siglos, el sufismo, no sólo se sirvió y fundamentalmente del “*oleaje coránico*”, sino que, en un sorprendente espíritu de apertura y acogida, introdujo e incorporó elementos no islámicos provenientes de las viejas sabidurías iraníes, hindúes, budistas, neoplatónicas y cristianas. Igual que han hecho antes y después las demás doctrinas místicas, ya que sólo el que recibe la tradición, en el sentido más original de la palabra, puede verdaderamente innovar.

Resumiendo: En su *Núcleo*, el sufismo es idéntico a los demás. No hay influencias. Todos los hombres sienten o pueden sentir la misma Sed y buscar el mismo Mar. Y en este sentido el Sufismo siempre existió. Es la antigua sabiduría, como los Upanisads, como los Vedas, como el Cristianismo, como el propio Islam. En cuanto a la *Forma*, tres afirmaciones: a) el Sufismo constituye, sin lugar a dudas, un fenómeno *netamente islámico*. Para el sufí su fuente de meditación será constantemente el Corán. Su constante preocupación, también, será la de ser y aparecer como buen musulmán, respetuoso de la tradición y enseñanza oficial de la comunidad musulmana. Nunca en ruptura con la fe coránica. El criterio constante de la aceptación y asi-

milación de otras aportaciones no coránicas será siempre el que estas respeten e incluso refuercen la doctrina coránica de la Unicidad del Ser Uno. b) el Sufismo, históricamente y respecto a la animación primera del Islam como comunidad e institución es un *fenómeno accidental y hasta marginal*. No representa el desarrollo normal que en su devenir tuvo el Islam oficial en su conjunto. De ahí, el conflicto permanente, a veces hasta sangriento, en que tuvo que vivir el Sufismo con el Islam oficial y que sólo se resolvió en la reconciliación operada en el s. XII por el gran Algazel. Conciliación que no pudo nunca quitar el recelo y la desconfianza con que los teólogos y juristas oficiales miraron y miran hoy día a los sufíes, esos hombres siempre incómodos por su estilo y soberana libertad. Y es que como confesó el gran Rumi: *"El hombre de Dios, está más allá de la religión"*. c) Así y todo, cabe afirmar también que el Sufismo por su exigente iniciación a lo Hondo, por el gran esfuerzo (ÿihâd) en purificar y someter su "ego" a Dios y por su clara experiencia y unión a El, *es al Islam lo que el corazón al cuerpo*. El fue el terreno fecundo en donde florecieron y del que se alimentaron todas las raíces del 14 veces secular fenómeno del Islam. El sufí, en efecto, lleva a su más elevado y completo desarrollo los ideales específicos del Islam.

Principios fundamentales

Pese a la diversidad de formas y estilos, de escuelas y cofradías, todo el sufismo reposa sobre cinco principios doctrinales fundamentales: 1) *Solo hay un Dios, Realidad verdadera, Verdad única, Gran Mar*. 2) *Consiguientemente nada es Dios fuera de El* en todo el universo creado y todo lo que no sea volver a El es pura idolatría. 3) *Solo hay una hermandad humana*, independiente de castas, religiones, colores y lenguas. 4) *Hay una única verdad*, que es la esencia de nuestro propio ser: quienes somos, de dónde venimos y a dónde vamos. 5) *Solo hay un único camino de perfección*: el disolverse en Dios que es nuestro término, re-nacer en El, reidentificarse en El.

Y todo eso, no con ideas y doctrinas, sino con experiencia y vida. Por eso el Sufismo no puede definirse. Todo él es algo que acontece en la persona en su más honda e inconfundible originalidad ya que *"hay tantos caminos hacia Dios como seres humanos"*. Por eso un verdadero mu-

sulman sufí nunca pregunta lo que es un sufí. Como a todo lo de verdad hondo y vivo, al Sufismo no podemos definirlo sino solo sugerirlo, adivinarlo, intuirlo. Que no se encadena al fuego, ni se ponen bridas al viento, ni leyes al mar. Porque la definición es coto cerrado y quieto y el Sufismo es vida en camino hacia el Centro.

Iniciación a lo hondo

Esta experiencia honda de Dios es un largo y sinuoso Camino (tariqa) que requiere una seria *iniciación*, como ocurre en todas las religiones que quieren ir más allá de lo *esotérico* o legalista para adentrarse por los caminos del Misterio. En el Sufismo la iniciación simboliza la “muerte del yo” y el renacimiento del mismo, puro, y por tanto solidario, con la pureza de la Creación y con todo lo creado que aún espera su ascensión. Así, el iniciado que busca al Infinito queda vitalmente orientado. Fiel, por otra parte, al Islam, para el sufí la iniciación es la realización del pacto (mithaq) primero establecido con Dios. Es la introducción de los seres humanos en los Misterios divinos lo que permite ser auténticamente libres y ver las cosas y los acontecimientos desde un nuevo ángulo. Más sencillamente expuesto: la iniciación sufí permite abrir la puerta; corresponde al iniciado decidirse entrar por ella, y entrar haciendo vida la consigna de Abu Sa'id: *“Aquellos que tengas en la cabeza, abandónalo; cuanto tengas en las manos, dalo; lo que te advenga, no lo esquives”*.

Y como el Sufismo es ante todo un camino concreto, tiene como tarea la adquisición de las virtudes, la purificación del ser, el largo y constante pulir del espejo del corazón, la verdadera realización interior, la vida hecha amistad con el Amigo, el éxtasis o grado supremo, superior a la Inteligencia y al Pensamiento. Se trata de una experiencia interior y no de una especulación. Los sufíes auténticos saben muy bien que no es lo mismo “saber” que “haber visto y vivido”.

Esa iniciación, según los sufíes, se realiza en tres etapas principales, a través de las cuales el iniciado se va adentrando, desde lo *esotérico* de las leyes y normas hasta la unión con el Amado; consciente de que *“las leyes sagradas y normas religiosas, caminos son para quienes buscan. Pero, sin embargo, el fruto de la verdad está, lo sabes Tú, más adentro que eso”* (Yunus Emre).

A ese mundo del más adentro, de lo *esotérico*, a esas aguas profundas del Misterio, a esa Hoguera, a ese Mar Uno e Idéntico para todos, han ido a beber luz, calor, esperanza y vida los místicos sufíes durante 14 siglos, igual que secularmente lo han hecho todos los creyentes de todas las religiones, e incluso sin religión, que, heridos por el ansia del Misterio, buscaron su realización en El. Porque, y esta es la auténtica clave – *“aunque los caminos de la búsqueda son numerosos, la búsqueda es siempre la misma”*– (Rumi). Por eso encontramos tan profundos parecidos entre los místicos de todas las religiones –sin necesidad de alegar que se han copiado unas a otras– pues todos los que viven la realidad viva de Dios, los que beben la misma Agua, los que se calientan al mismo Fuego, los que están enraizados en el Núcleo, hablan de la misma manera, aunque difieran, y hasta se opongan, sus credos y doctrinas, productos de culturas diferentes y con diversas envolturas de interés socio-político. En ese hontanar de lo vivido, ya no se teoriza ni se manejan simples conceptos (ortodoxia), sino que se grita una ardiente e intransferible experiencia: *“Todo el reino del ser invadido por el Amigo”* (Yunus Emre). Y es así porque a todos les guía, inspira, acoge y sobrecoge –en un fluir íntimo e indecible– el mismo Espíritu. Ese Espíritu del que Rumi decía: *“El soplo del Espíritu Santo hizo a María concebir el niño divino. Asimismo, cuando la Palabra de Dios penetra en un corazón, éste y el alma quedan henchidos de divina inspiración y en ellos se produce una criatura espiritual, cuyo soplo es el de Jesús, que resucita a los muertos. La llamada de Dios, por velada que sea, concede lo que concedió a María”*.

Esas tres etapas iniciáticas son: la Ley (*sharía*), La Vía o Camino (*tariqa*), y la Realidad (*haqiqa*), que, nuestro místico universal, el murciano Ibn Arabi, señalaba poética y sintéticamente así:

“La Ley es mi discurso, la Vía mi acción, la Realidad mi estado.

La Ley es somática, la Vía psíquica, la realidad pneumática.

La Ley se refiere al nombre, la Vía a los atributos, la Realidad a la esencia

La Ley es un principio, la Vía es esotérica, visión la Realidad.

La Ley es la raíz, La Vía es una rama, la Realidad un fruto”.

Maestros espirituales

Adentrarse por el camino sufí comporta riesgos. Por eso se recomienda constantemente a los que emprendan esta tarea el que se inicien bajo prudente dirección de hombres experimentados. Ya advertía nuestro gran Ibn Arabi “*que aquel que no tiene un guía (cheij) su guía será el Diablo (chaïtan)*”. Y Rumi: “*Pon tus manos en las manos del guía; es mejor que una luz y más seguro que un camino conocido*”.

No es fácil encontrarlo pues el maestro debe conocer exactamente y por experiencia el *principio de la perfección*. Principio éste tan sutil y secreto que muy pocos conocen de verdad. La mayoría solo conoce los efectos, las técnicas y la adquisición de ciertos hábitos, cuestiones que son sólo el comienzo del Camino. Pocos conocen el camino estrecho que lleva a la unión perfecta.

Estos maestros espirituales además de *sabios*, respetados por todos y que han profundizado su religión, deben ser *santos*, hombres de religión interior vivida. Porque si no han dominado totalmente su “yo” egocéntrico, los desastres en aquellos que se han confiado a ellos pueden ser irreversibles, llegando incluso, a producir, entre otros trastornos psíquicos, “*la demencia de lo inaccesible*”. Por el contrario, el maestro santo se convierte en punto de convergencia para todos los sedientos de Dios; y a través de él, Dios irradia su luz. De ahí que para los sufíes, “*un maestro verdadero lo sea todo; un maestro imperfecto, nada*”. Su tarea es triple: *despertar* interiormente a los postulantes, *ayudarles a presentir* la verdadera esencia de su ser y la presencia íntima de Dios. El carisma de magisterio no es algo que pueda conseguirse mediante el esfuerzo y la ciencia, ni siquiera es un don que Dios da. Es algo más: es una *orden divina*, una misión, análoga a la de la profecía y ningún sufí se atrevería a asumirla por propia iniciativa. ¡Tan difícil e ingrato es su cometido! De ahí también que su ejercicio sea secreto, prescindiendo de toda publicidad. A veces guían a sus discípulos sin que éstos jamás les hayan visto. Ellos son la jerarquía secreta de los sufíes, el eje (jutb) sobre el que gira el depósito de la espiritualidad cósmica. En la actualidad, las diversas órdenes o *tariqas* sufíes están religadas mediante una cadena ininterrumpida que las une a esos grandes maestros y, a través de ellos, a la gran filiación espiri-

tual que parte del profeta Mahoma como entidad visible y pública. Ellos son la prueba viviente, la garantía y los guardianes del mundo espiritual.

Talante de los sufíes

Como el Islam que todo él está en la experiencia personal del Misterio vivido por Mahoma: *“¡Oh Dios mío!, pon una luz en mi corazón, una luz en mi tumba, una luz en mi oído, en mi vista, en mis cabellos, en mi piel, en mi carne, en mi sangre, en mis huesos. Una luz ante mí, una luz detrás de mí, sobre mí, debajo de mí, a mi derecha y a mi izquierda, ¡Oh Dios mío!, acrecienta mi luz, dame luz, hazme luz, oh Luz de la luz, por Tu misericordia, ¡oh Misericordioso!”*, así el Sufismo es, ante todo y sobre todo, acontecimiento, existencia sobrecogida y vivida, proceso vivo de renacimiento continuo hasta que el “yo” muera y alcance la realización verdadera de su ser, mediante la química de transformación personal y cósmica.

* De ahí que la primera nota del talante sufí esté hecha de *experiencia* de Dios. Los sufíes no hablan de oídas, sino de lo que han vivido, tocado con su alma, experimentado en lo más hondo de su ser. Su sabiduría viene de saborear no de saber. *“El que experimenta, sabe”*, dirá Rumi. Por eso, sus textos pertenecen más al mundo del grito que de la lógica: *“Lo que yo quiero es una quemadura del corazón que es todo, y más precioso que el imperio del mundo, porque ella llama a Dios secretamente en la noche”* (idem). De ahí que Ibn al Faridi concluya: *En este mundo quien haya vivido sin embriaguez no ha vivido, carece de sentido no morir de embriaguez. Lloro por sí mismo aquel que pierde la vida no tomando parte en esta embriaguez*. Sabiduría de la experiencia que no se aprende con palabras (“nadie se emborracha con la palabra vino”) ni en los libros: *“El libro del sufí no está compuesto con letras ni tinta, sino que es un corazón blanco como la nieve... El hombre de Dios se rinde sabio por la Verdad Suprema, no por los libros”* (Rumi), *“recibe su conocimiento del Señor”* (Algazel). Consciente de ello, el sufí rezará: *“Hazme entrar, Señor, en las profundidades del Oceano de tu unidad infinita. He atravesado el Mar de la proximidad, hasta que mis ojos vieron un Fuego que no puedo nombrar... Tu eres mi íntimo Compañero, mi Fiesta Solemne, el objeto de mi pasión, mi*

Fruto dorado" (Ibn Arabi). El que hace esa experiencia cumple al pie de la letra lo que dice Rumi: "El hombre de Dios está más allá de la impiedad y la religión" y con Abu al-Fazl confesará a Dios: "¡Señor!, un día visito la iglesia, otro día la mezquita; pero, de templo en templo, sólo a Ti voy buscandote. Para tus discípulos no hay herejía, no hay ortodoxia; todos pueden ver Te de verdad sin velos. Que el herético siga con su herejía y el ortodoxo con su ortodoxia. Tu fiel es el vendedor de perfumes; necesita la esencia de rosas del divino Amor".

* Porque lo tenían muy experimentado, los sufíes sabían que la iniciativa para esa experiencia venía y viene de otra parte: "Al principio creía que era yo quien pensaba en Dios y le quería. Cuando llegué al fin, me convencí de que era El el que había pensado en mí antes que yo en El, que me había conocido antes que yo a El, que su amor me había prevenido, que me había buscado antes que yo le buscara" (Abu Yazid). Y remachando la idea, Abu Said Yarráz confesará: "Pena esterilmente quien piensa llegar a Dios por su sólo y propio esfuerzo. Y quien se imagina llegar a Dios sin esfuerzo, no recorrerá sino la ruta de la intención". Y con verbo definitivo Al-Hallay: "No le conoce sino aquel a quien El se ha dado a conocer, ni proclama su unidad sino aquél a quien El se ha descubierto, no cree en El sino aquel a quien El ha otorgado la fe, ni lo describe sino aquel en cuya intimidad El se ha manifestado, no es sincero con El sino aquél a quien El atrae, ni está en exacta relación con El sino aquél a quien El ha elegido". Será una iniciativa infinitamente delicada, como el susurro del agua: Dice Dios: Yo soy el ruido del agua en los oídos del sediento, Yo vengo como la lluvia suave del cielo. Levántate amigo, despierta, ¡el ruido del agua, tu sediento, y duermes!" (Idem). Iniciativa que se hará súplica lastimosa: "Vuela, vuela, pájaro, hacia tu país de origen, porque hête aquí escapado de la jaula y tus alas desplegadas. Aléjate del agua pútrida, apresúrate hacia la fuente de la vida". Delicadeza cuyo mejor comentario es el del cristiano Ireneo de Lyon: "La fuente tiene sed de ser bebida".

* Por esa experiencia el sufí sabe que si bien es verdad que Dios es gratuito, no se regala. Es este un paso más de la sabiduría sufí: "El precio de la vida espiritual es el don de sí mismo" (Abu Medyan). Y Yunaid: "Ser sufí es desasirse de toda preocupación y la peor de todas es la del yo.

Mientras te preocupas de ti estás separado de Dios. La vida hacia El es solo de un paso, salir de ti mismo. La renuncia son las manos vacías de bienes y los corazones vacíos de todo apego". Y para evitar todo posible engaño, Abu Said Ibn Abi advertirá: *"No basta con decir, no hay más dios que Dios. La mayoría de los que proclaman verbalmente tal profesión de fé, son politeístas de corazón. En tanto no renuncies a tu "yo", nunca tendrás fe en Dios".* Es la eterna cantinela de la "nada" de todos los enamorados de Dios, es, también, la consigna para caminar hacia El: *"La realización consiste en simplificar tu equipaje de manera que todo su contenido venga de Dios, venga por Dios, venga en Dios... Consagrarse a Dios es despojarse de manera absoluta para dedicarme exclusivamente a El"* (Al-Ansari). Solo a ese precio se puede llegar a esta confesión total de Yunus Emre: *"Puedo ofrecer mi palabra al saqueo, ya estoy despojado de mi yo. Todo el reino del ser está invadido por el Amigo. Ahora, a través de mi lengua, solamente es El quien habla. Puedo ofrecer mi universo al saqueo, pues solamente cuando mi ser me deja, el Amigo viene junto a mi y mi corazón se llena de Luz".*

* Liberado de su yo, el sufí adquiere *la sabiduría de la libertad* frente a normas y leyes, ritos y doctrinas, relativizando el abigarrado mundo de las religiones que con frecuencia ahogan lo mejor del Espíritu: *"Aquellos a quienes el velo que les separa de Dios es más espeso, son, el asceta por su propia ascesis, el devoto por su devoción, el doctor de la ley por su conocimiento"* (Du al-Nun). Esa nueva libertad le permite distinguir perfectamente el medio del fin: *"¿Cuál es el camino para llegar a Dios? Si quieres hacer lo que un buen servidor, ayunarás y observarás fielmente los preceptos de la Ley religiosa. Si quieres a Dios mismo, deja a un lado todo cuanto no sea El, y llegarás a El"* (Sari al-Saqati). Esa libertad deja definitivamente claro el objetivo: *"¡Cuán diferente es ir a la boda para participar como comensal en el banquete, a ir a la boda para estar allí con el Bienamado"* (Y. al-Razi). Desde esta libertad, ¡qué fácil es comprender la persecución contra los sufíes por parte de los guardianes de las ortodoxias!

* Uno de los signos más seguros de la verdadera experiencia de Dios es la *tolerancia*. Justo lo contrario del profesional de la religión, del teórico y del dogmático. Según el espíritu sufí, con toda evidencia, falta la verdadera expe-

riencia de Dios allí donde hay fanatismo e intolerancia. Porque, en definitiva, Dios es infinitamente tolerante. El que ha hecho verdaderamente Su Experiencia, no se pelea por cuestiones religiosas, las relativiza todas, porque, por experiencia sabe que todas ellas son sólo balbuceo pobre de la Verdad infinita. En tal sentido, confesaba al-Hallay: *"He reflexionado acerca de las denominaciones confesionales, esforzándome en comprenderlas. Considero ahora que existe un Principio único con numerosas ramificaciones. No pidas a un hombre que adopte una determinada denominación confesional; con ello lo desviarías del Principio que es solio y fundamento. A ese hombre ha de venir a buscarle el propio Principio. Aquel en el cual se dilucidan todas las grandezas y todas las significaciones. Entonces el hombre comprenderá"*. Por eso Rumi, siempre él, confesaba: *"No soy ni cristiano, ni judío, ni musulmán. No soy de Oriente ni de Occidente, ni de la tierra ni del mar... pero no clames diciendo que todas las religiones son vanas. En todas ellas hay un perfume de verdad sin la cual no encenderían la fe de los creyentes"*. Y finalmente nuestro Ibn Arabi nos dará el texto definitivo de la verdadera y única tolerancia, la del Amor: *"Hubo un tiempo en que yo rechazaba a mi prójimo, si su religión no era como la mía. Ahora, mi corazón se ha convertido en el receptáculo de todas las formas: es pradera de las gacelas y claustro de monjes, templo de ídolos y Kaaba de peregrinos, Tablas de la Ley y Pliegos del Corán. Porque profeso la religión del amor y voy a donde quiera que vaya su cabalgadura, pues el amor es mi credo y mi fe"*. ¡Ojalá llegásemos todos al mismo final porque antes hemos hecho la transformante experiencia de Dios!

* Libre de todo, abierto a todo merced a una activa tolerancia, ebrio de amor por la herida viva de la experiencia religiosa, el sufí se siente transformado y descubre una exquisita fraternidad cósmica que nos recuerda la del "poverello" de Asís: *"En el mercado y en el claustro, sólo vi a Dios. Le he visto detrás de mí en la hora de la tribulación y en los días del favor y la fortuna. No vi alma ni cuerpo, accidente ni sustancia, causas ni cualidades: sólo vi a Dios. Abrí mis ojos y, gracias a la luz de Su rostro circundándome, descubrí en todas las miradas al Amado, y sólo vi a Dios"* (Baba Kuhl). De ahí y sólo de ahí nos nacerá la compasión de que hablaba Yunaid: *"Ser compasivo es: darle al*

prójimo lo que pida de tí; no imponerle cargas que no pueda soportar; no hablarle de forma que no pueda comprender". Y ese optimismo, fruto de esa transformación en Dios: "Si nos buscas, búscanos en la alegría, porque somos los habitantes del reino de la alegría" (Rumi).

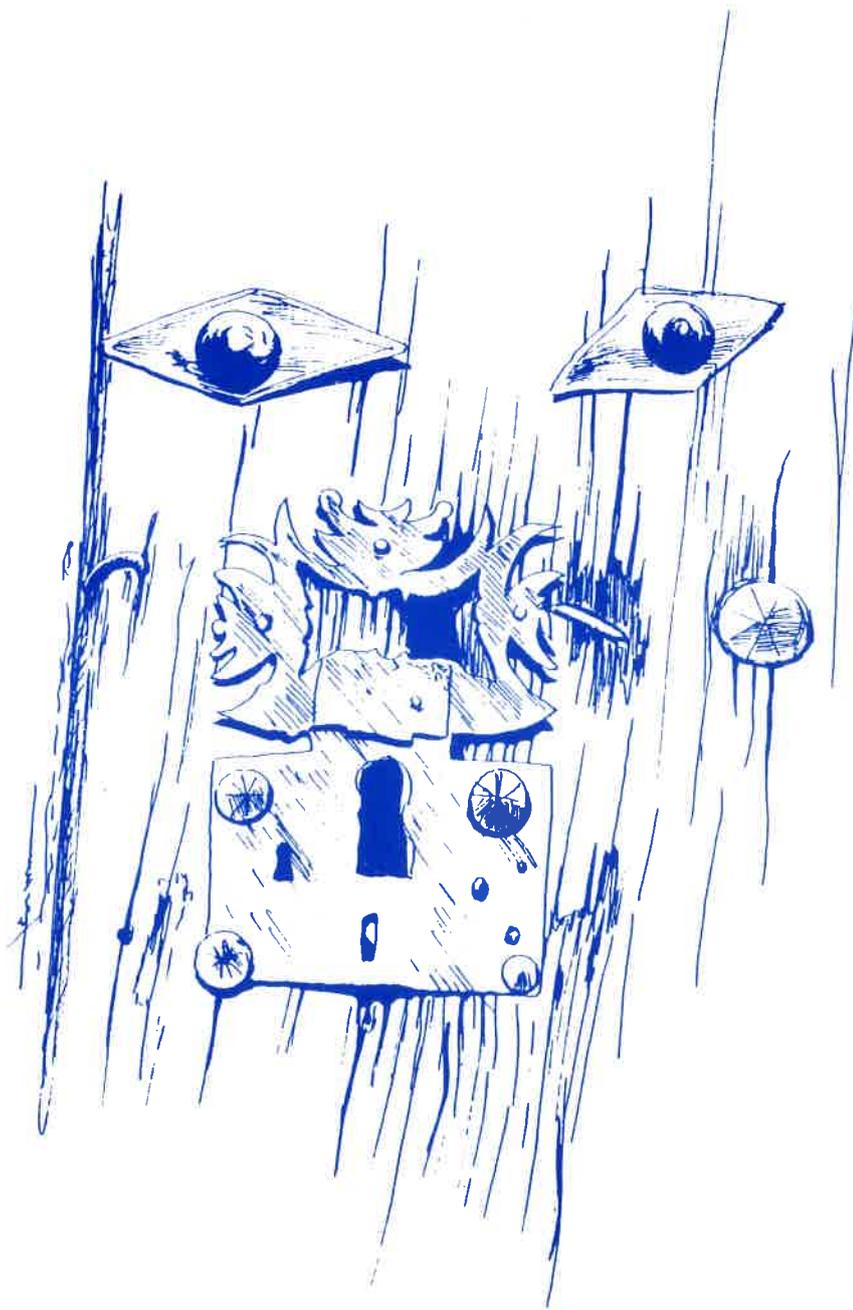
Conclusión

Este es, a grandes rasgos, el Sufismo, el otro Islam, la cara oculta del Islam, el de la legión de "hombres incómodos" del Islam. El Sufismo, oleaje que fluye y refluye, desde hace 14 siglos y fruto extraordinario de una riquísima simbiosis espiritual, cultural y humana en la que todos pusieron sus mejores ahorros. *El Islam* puso el impulso, la raíz (la fe en Dios Uno y Unico) y la garantía de ortodoxia (la Palabra revelada, la vida y la enseñanza del Profeta y la referencia a la Umma o Comunidad), la *Historia* puso la generosa oportunidad doctrinal (las conquistas o futuhat abriendo generosamente la puerta a otras culturas y experiencias místicas), los *Sufíes* pusieron el hambre de Absoluto, la vivencia del Misterio, la libertad, alquímicamente liberada de las idolatrías del "yo" y de las instituciones atosigantes, la activa disponibilidad y la radical pobreza). Y el resto, es decir, todo, *Dios*.

CUADERNO DE FORMACION PARA USO INTERNO

180





El hombre puede abrir calladamente
la puerta, la cornina o el surco
el libro o el granero ...

pero no puede envolver calladamente
el cuerpo cansado y yerto de su hermano,
en un sudario, y esconderlo
bajo tierra.

Y hemos aprendido a bailar en su presencia.